

MUSEO UNAMUNO
O-CAL

DE ACTUALIDAD

Cesarismo sin César

La intenciona cesarista y pretoriana de von Kapp en la Prusia vencida, ha de dar todavía mucho que decir y que hacer.

La llamamos cesarista y así es. O kaiserista, si el lector lo prefiere. Pero de un cesarismo sin César —al menos por ahora— que es lo peor. Porque en punto a cesarismo, el peor es el que precede al César y lo suscita. El napoleonismo, que lo hizo Napoleón, fué mucho más tolerable, mucho más liberal y mucho más fecundo para la civilización que aquellas sublevaciones pretorianas de los legionarios, de la decadencia del Imperio Romano, sublevaciones que buscaban luego su César, su Emperador, un esclavo más que un tirano, cualquier general de fortuna, a quien se le manejaba como a un muñeco. Y lo que parecía ser el colmo de la disciplina, lo era de indisciplina. Cuando el cesarismo hace el César, es mucho peor que cuando un César hace el cesarismo. Y no hay nada peor que el imperialismo militarista de una república.

Recordemos al lector aquel manifiesto que dió von Kapp al pueblo —¿pueblo?— alemán apenas se apoderó, con la ayuda de una soldadesca, no del todo sobria, del Poder. Decía así:

"Con objeto de desarraigar en el pueblo alemán el culto de la Monarquía, el régimen que hemos derribado presentó la caída de Guillermo como una deserción a la bandera. Dicho Gobierno, a su vez, huye de Berlín sin defenderse. El único justificante de su huida es su declaración de que no puede contar con las tropas. Un Gobierno capaz de cumplir su misión hubiera obligado a las tropas a obedecer. Esta deserción condena al antiguo Gobierno ante los ojos del pueblo alemán y hace imposible el que pueda recuperar el Poder".

Jamás se ha expuesto de una manera más cínica el principio de la indisciplina incivil y pretoriana. Y el pueblo que lo aceptase podrá ser ejército, pero no puede decirse que sería pueblo. Pueblo civil, es decir: civilizado, queremos decir.

Hay quienes creen que son los sacerdotes los que han introducido la irreligión en el mundo. La herejía, desde luego. Y agregan que las religiones sin sacerdocio —que las hay— aquellas en que no hay unos hombres que se presenten como medianeros entre otros hombres y los dioses, esas religiones se han mantenido, como tales religiones, más puras. En ellas, la iglesia es de verdad la comunidad de los fieles todos; en ellas no se puede hablar de eclesiásticos por oposición a seglares o profanos. Un conocido publicista nuestro, decía hace años, que el sacerdote es un revendedor de la gracia divina y que él prefería entenderse directamente con contaduría.

Del patriotismo se quiere hacer ya una especie de religión, lo que no está mal, pero una religión con sacerdocio, lo que es peligrosísimo para la religión patriótica misma. El sacerdocio del patriotismo acabará con la religiosidad patriótica, convirtiéndola en disciplina y en liturgia. Y será origen de herejías patrióticas.

Como las Ligas llamadas patrióticas, de oriflama al viento e himno, suelen ser de origen que podríamos llamar sacerdotal, hierocrático o hierárquico, son de ordinario un peligro para el patriotismo sano, que es el civil, popular, democrático o demárquico, y acaban en ser instrumento de cesarismo, y del peor cesarismo, del cesarismo que hace los Césares y los deshace y se sirve de ellos como de muñecos.

Tenía razón el novelista noruego Juan Bojer, al decir que no es posible una verdadera revolución en un país en que, como supone que pasa en Alemania, todo el mundo es nacionalista. Pero esto ahora se verá.

En otra cosa se conoce la religión sacerdotal patriótica del cesarismo sin César —o previo a él— y es en su culto supersticioso a eso que se llama técnica. Cuando el asalto al Poder de von Kapp, se dijo que iban a establecer un Gobierno de técnicos. Y hay que ver lo que entienden por técnicos los tales. Los técnicos suelen ser una especie de teólogos casuistas de esa religión sacerdotal, los depositarios de los misterios elenusinos de la administración y la gobernación públicas.

También el sacerdocio de la religión patriótica se dedica a la reventa de la gracia. De la gracia y de la justicia. Sólo que de ahí se originan las mayores desgracias y las injusticias más grandes. Y hacen la fuente de

esa gracia y esa justicia, no al pueblo, sino al César, y a un César mediatizado y juguete del cesarismo.

Otra desgracia pesa sobre Alemania. Después de cada guerra queda un número mayor o menor de héroes sin empleo y el héroe sin empleo ni ocupación, el héroe cesante es siempre temible. Pero en un pueblo vencido ello es peor, porque el héroe cesante siente la comezón de justificarse, de demostrar que no fué vencido y para ello arma guerra a sus conciudadanos. Y a las veces ocurre en los pueblos lo que en ciertos hogares en que el marido a quien le dieron una paliza fuera de casa se dedica, al volver a ésta, a dar de palos a su mujer, o el que porque perdió en el juego, les quita el postre a sus hijos. Y cualquiera le hace confesar al héroe cesante que fué derrotado! Acaso los aliados se precipitaron en conceder el armisticio, en vez de haber intentado deshacer el ejército del jugador Ludendorff. Más habrían conseguido más con esto? No hay sacerdocio que reconozca su fallibilidad. Y así es como causan la irreligión y la inapiedad.

MIGUEL DE UNAMUNO

